

Desarraigo, desplazamiento y educación superior

Ítala M. Camargo Escobar*

Yeraldín López Marín**

Resumen

Esta investigación busca aproximarse a las implicaciones que ha tenido para los estudiantes víctimas directas del conflicto, pertenecer a este sistema educativo y de esa manera recopilar la información necesaria para formular planes de acción que contribuyan a la integración y reconfiguración de las identidades de quienes por las circunstancias de guerra del país han tenido que dejar de lado, una y otra vez, sus orígenes y han afectado su identidad. Es una investigación de tipo cualitativo en la que se trabajará con un grupo focal: se espera la participación de ocho (8) jóvenes universitarios pertenecientes al programa de víctimas. Se analizarán los discursos con base en tres categorías de análisis: desarraigo, desplazamiento y educación superior. A partir de las conclusiones se espera formular propuestas de mejora del acto educativo en la Universidad.

Palabras clave: desarraigo, desplazamiento, educación superior

La guerra que ha sufrido Colombia hace más de 50 años ha generado cambios intempestivos en las personas que nacen en un territorio, en una familia y que a muy temprana edad fueron vinculados a grupos alzados en armas o sus familias fueron desmembradas porque debieron trasladarse a espacios ajenos, juntos o separados. Estos hijos de la violencia ahora son jóvenes y se vinculan a instituciones educativas en las que pueden estar sus agresores o personas que sufrieron diferentes consecuencias de la guerra.

* Docente del Semillero de Medición y Evaluación, Facultad de Psicología, Universidad Católica de Colombia.

** Estudiante del Semillero de Medición y Evaluación, Facultad de Psicología, Universidad Católica de Colombia.

Sin embargo, al estudiar la relación entre educación, desplazamiento y desarraigo es necesario contemplar cómo la violencia ha venido afectando la vinculación al sistema educativo. En este sentido el desplazamiento ha traído un aumento de los índices de deserción escolar, puesto que los menores al ser cambiados del contexto no logran adaptarse al ambiente de los colegios públicos en zonas urbanas, muchos de estos caracterizados por la hostilidad y el matoneo (Acevedo et al., 2014, p. 158). Esto en un contexto de educación primaria, básica primaria y secundaria, pero si se va un poco más allá, y se enfoca la mirada en la educación superior es un nivel académico al que muchos niños, niñas y adolescentes en condición de desplazamiento forzado no aspiran a alcanzar, ya que es visto como un “imposible” por razones sobre todo económicas, teniendo en cuenta que la educación superior en Colombia cada vez se hace menos asequible para estratos bajos.

Durante el proceso de paz el Gobierno nacional planteó como agenda prioritaria la generación de estrategias que facilitaran el acceso de diferentes actores del conflicto a los niveles de formación técnico, tecnológico y profesional. Esto ha permitido que a las aulas universitarias lleguen estudiantes provenientes de diferentes departamentos, condiciones sociales, culturales y económicas que a su vez han sufrido las consecuencias de la guerra que, aunque no fueron ajenas en tiempos pasados en la actualidad se siguen presentando secuelas a pesar de la cercanía al posacuerdo. Las instituciones educativas por sí solas no están preparadas para asumir el proceso de integración; por ello para tener un exitoso proceso educativo se requiere que el docente y en general toda la comunidad académica identifiquen y reconozcan las diferencias y particularidades de la historia de vida de quienes sufrieron la guerra.

Es necesario conceptualizar las dos consecuencias con las que iniciamos este escrito: el desplazamiento y el desarraigo; el desplazamiento es la situación en la que una persona pierde el lugar donde ha construido su historia. Esta pérdida no es la única consecuencia. Uno de los retos para los desplazados que tienen acceso a la educación superior es asumir costumbres, trabajos, rutinas y actividades inesperadas, y hasta poco

deseadas que pueden causar miedo, frustración o desarraigo en estos universitarios (Bello, 2001).

Una de las consecuencias más importantes es la ruptura de la identidad. El grado de las afectaciones identitarias dependerá de si el desplazamiento involucra una fragmentación del núcleo familiar, porque además de dejar su espacio debe asumir que cada miembro tome rumbos diferentes, por supervivencia, por seguridad, por reclutamiento o por asesinatos.

Por otro lado, el desarraigo se refiere a tres situaciones: la primera a la imposición de cortar de raíz los sentimientos hacia lugares, objetos o personas; la segunda implica apartar a alguien de su manera de pensar o de su opinión y la tercera, el destierro físico de las personas del lugar donde residen (Rodríguez, 2012).

El proceso de integración educativa debe iniciar por la caracterización de los estudiantes universitarios que han sido desarraigados, ya que debe ser un compromiso facilitarles la reconstrucción de su identidad y generar espacios en los que puedan formular un proyecto de vida con elementos esenciales de lo que es su historia vital. Para ello se propone partir de técnicas cualitativas de recolección de información como entrevistas, grupos focales e historias de vida, metodología que será implementada en el laboratorio de Psicología de la Universidad Católica de Colombia bajo la supervisión de un profesional. Los resultados servirán de línea de base para instituciones como la alcaldía, Icetex, Unidad de víctimas, Ministerio de Educación y las diferentes instituciones de educación superior que quieran vincularse a este proyecto. Ello facilitará la formulación de alternativas y planes de acción más cercanos a esta población para que reconstruyan y configuren su historia pasada, la mejora de la presente y una buena proyección de la futura.

Por otro lado, se debe hacer un trabajo paralelo con las familias, ya que luego de habitar espacios rurales y pasar a ocupar espacios urbanos, las condiciones de vida varían, los lugares se hacen más estrechos, los servicios más limitados y la economía insuficiente. Además, pueden pasar de ser dueños de sus cosas a estar “arrimados” en cualquier sitio a

expensas de la caridad de sus familiares o conocidos. Los recursos cambian y aprender dinámicas de funcionamiento como el transporte, el uso de tecnología, entre otros, puede tornarse agresivo y amenazante.

En tercer lugar, al ocupar un nuevo territorio el desplazado modifica dinámicas sociales y adquiere el título del extraño y por tanto es tratado como tal. Así que se le suma la pérdida de su rol social, y de aquellos elementos que pueden dar estabilidad y seguridad. Esta pérdida de referentes sociales afecta la identidad.

En cuarto lugar, el abordaje de los temas de desplazamiento y desarraigo parte de la ruptura del tejido social y de la identidad, lo que motiva a las instituciones gubernamentales y educativas a desarrollar investigación e intervención en tales procesos.

Esta situación va más allá de la pérdida de los bienes económicos y en general de la vulneración de los derechos. Es necesario comprender las resignificaciones que se han hecho una y otra vez desde la perspectiva de la nueva denominación “desplazado”, mirado como víctima, necesitado de la asistencia del Estado, estancado porque está esperando la restitución de sus derechos, de sus bienes o de su origen.

El análisis de los procesos identitarios cobra especial interés porque el hecho del desplazamiento está determinado por las contradicciones en la socialización ya que se reúne en una sola historia de vida la identidad primera, la que corresponde al origen; la identidad segunda que está dada en la nueva condición de desplazamiento y la identidad terciaria que se debe al nuevo lugar donde se habita. Todo lo anterior determina la relación con el otro y por supuesto consigo mismo. Esta relación se da en un terreno difícil porque se encuentran resistencias tanto del desplazado como de los nuevos espacios y personas en los que se va a habitar y con quienes se va a convivir (Bello, 2001).

Es importante retomar las memorias, porque en una vida móvil los sentidos de pertenencia tienden a conjugarse, por ello es claro y necesario partir de la constante construcción y deconstrucción del origen; marcar una pauta de vida, pero en esta circunstancia particular esta memoria se integra a nuevos espacios y ambientes, nuevas historias que surgen de

la reconstrucción. Las personas guardan memorias de lo que fueron sus vidas antes, durante y después del hecho violento, lo cual les permite dar cuenta de momentos vitales agradables, pero sobre todo de las características de las que resurgieron en los tiempos de violencia, cómo resolvieron sus dificultades y cómo afrontaron sus pérdidas psicológicas.

Por otra parte, y retomando la vinculación a procesos educativos, los actores indirectos de la violencia también han desarrollado memorias de los eventos, si bien no como vivencias personales, sí bajo el lente y la voz de los medios, de las narraciones y de las percepciones de otros sobre estos momentos históricos.

La socialización y la interacción de los nuevos espacios se convierten en escenarios de proyectos vitales que se habían constituido bajo diferentes variables y que ahora deben integrar lo vivido y reubicarlo en el futuro negociando planes y expectativas, porque es claro que durante el desplazamiento hay una desorientación personal y de proyecto de vida. El propósito es retornar al sueño de vida (Bello, 2001).

Estas crisis se vivencian de diferente manera dependiendo de la etapa del ciclo vital. El centro de la investigación, es decir, la población que se vincula a la universidad, no se suscribe a un grupo de edad particular, su espacio común además del escenario universitario, es la construcción de la vida profesional y quizás la laboral. Sin embargo, se encuentran más desencuentros que variables comunes.

¿Cómo iniciar la formación universitaria con un proyecto vital fracturado? ¿Dónde reside el futuro? ¿Será este nuevo espacio vivencial o implicará un retorno a la tierra de origen? ¿Cuáles son las oportunidades para estudiar, para construir su futuro? La educación debe proponer planes y proyectos que faciliten una vida digna, haciendo de las personas conciudadanos responsables, actores sociales activos y críticos constructores de realidades, haciendo historia.

Resolver estos interrogantes implicará retomar y reconceptualizar los elementos de la identidad. En este aspecto Meertens (1992) encontró que existen diferencias en la forma de reconstruir de las mujeres contra la de los hombres. En el primer caso se gana más rápidamente la autonomía

por medio de la inserción en diferentes espacios sociales, esto facilita el establecimiento de redes que posibilitan planes y proyectos; las mujeres son más pragmáticas y esto va en pro de la supervivencia.

Otra característica común en este grupo poblacional es el miedo; han sido sometidos a toda clase de abusos: en su intimidad, en su ser, en sus pertenencias, en lo que son. Han tenido que renunciar a permanecer, a tener, a ser.

Los desplazados van adquiriendo una identidad transitoria, que comparten y les permite pedir ayuda. Sin embargo, esta permanecerá hasta que se construya una nueva identidad, que se logra partiendo del empoderamiento y de la autonomía, que sin lugar a dudas contribuye a recuperar el control de sus vidas: el paso a paso se da desde la reconstrucción crítica del pasado, reafirmandose identificando y valorando aspectos de la situación actual. El paso más significativo de aceptación del nuevo entorno es la formulación de nuevos proyectos, la búsqueda de oportunidades, como las que giran alrededor de este escrito, tal como la educación (Bello, 2001).

Uno de los sistemas sociales perjudicados con el desplazamiento y con el desarraigo es el sistema educativo, aunque la educación se ha centrado en la enseñanza de un sistema de valores, basado en el aprendizaje por observación de sus más cercanos, le falta retomar aspectos como el sentido de la democracia, de la ética, la tolerancia y sobre todo el sentido del otro y el respeto por la diferencia.

La educación de calidad que demanda la sociedad requiere de profesores que fomenten valores para convivir en sociedad. Dentro de ellos, la solidaridad que se refiere a sentir empatía por el próximo. Aunque no es el único espacio de convivencia, allí confluye una pluralidad cultural, por ello debe facilitar por medio de programas y planes el intercambio de experiencias de respeto y atención a la diferencia.

No obstante, una de las hipótesis de esta investigación es que la sociedad a la que pertenecen debe trabajar por la empatía de las personas en situación de desplazamiento. Lo tradicional es hacer que el grupo base realice un proceso de aceptación de los nuevos miembros; cuando tanto

los miembros del grupo base como los que ingresan son nuevos, convendría que las actividades permitan a los miembros de un grupo y del otro mostrar sus costumbres, manifestar sus distintas formas de pensar y argumentar. Solo el pensamiento crítico permitirá que todos puedan comprender y convivir bajo el lente de diferentes perspectivas.

Se deben construir nuevas memorias, nuevos recuerdos vitales. La nueva o, mejor, la identidad reconstruida debe nacer de lo individual y también de lo colectivo que valore y reconozca el origen con su aporte al nuevo momento. La escuela, como actor social, tiene la responsabilidad y la posibilidad de propiciar transformaciones a partir de la promoción de la interculturalidad en aspectos formales y extraacadémicos.

La educación humaniza, socializa, culturiza a través de quien la hace posible, el docente, el cual dentro y fuera del aula trabaja en el avance social del ser humano.

En estas intervenciones se ha encontrado un problema común y frecuente: las nuevas generaciones no conocen sus raíces, su cultura. Uno de los fundamentos de la sociedad es la transmisión de cultura; sin embargo, esta función se ha visto truncada porque no hay un punto de referencia tan claro en este mundo tan globalizado, no se sabe qué es lo ajeno y qué lo propio, razón por la cual no hay una identidad definida.

Las instituciones educativas son los ambientes perfectos para generar unidad, para retornar a los valores y costumbres que se esperan transmitir y a su vez son los espacios en donde se aprende a valorar la diferencia y la diversidad. Son escenarios de discusión y expresión de problemáticas de encuentro en la diferencia y la multiculturalidad. Las diferentes y variadas expresiones hacen de la escuela uno de los espacios de socialización más importantes (Rodríguez, 2012).

Referencias

- Acevedo, A., & Romel Yáñez, C. (2014). Propuesta de intervención clínica cognitivo-conductual para personas que enfrentan problemas psicosociales. *Tesis Psicológica*, 9(1).
- Bello, M. (2001). *Desplazamiento forzado y reconstrucción de identidades*. Ministerio de Educación Nacional, Icfes, 2001. 60 p. Recuperado de <http://bdigital.unal.edu.co/14605/1/3-8506-PB.pdf>
- Icetex. (2015). *Fondo de Reparación para el acceso, permanencia y graduación en educación superior para la población víctima del conflicto armado*. Recuperado de <http://www.icetex.gov.co/dnnpro5/Portals/0/Documentos/Fondos/FondoReparacionVictimasJunio%202015.pdf>
- Meertens, D. (1992). *Desplazamiento e identidad social*. CES-Programa de Estudios de Género, Universidad Nacional de Colombia. Recuperado de <https://revistas.uniandes.edu.co/doi/pdf/10.7440/res11.2002.12>
- Mora, F. E. T., Yáñez, N. V., Lozano, D. M. S., Moreno, J. F. P., & Vesga, J. H. R. (2017). La narrativa del conflicto armado interno en Colombia: una construcción política de la historia. *Razón Crítica*, (2), 51-77. Recuperado de <https://revistas.utadeo.edu.co/index.php/razoncritica/article/view/1161>
- Rodríguez, M. (2012). El desarraigo y la crisis educativa. *Revista Científica-Faremem Estelí / Reflexiones* 1(1), abril.